



CAPÍTULO VII

Prosigue nuestro autor contando los sucesos
que le pasaron en la hacienda

Sin embargo de que nos
llamaron, el padre vicario con-
tinuó diciéndome:

—Por lo que toca á lo que usted me pide, acerca
de que le instruya de los mejores autores físicos, le
digo, que no es menester apuntito, porque son muy
pocos los que he de aconsejar á usted que lea, y fácil-
mente los puede encomendar á la memoria. Procure
usted leer la *Física experimental* de los abates Para y
Nollet, las *Recreaciones filosóficas* del padre don Teodoro
de Almeida, el *Diccionario de física*, y el *Tratado de
física* de Brisson. Con esto que usted lea con cuidado,

tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural, como que es tan análogo al anterior, podrá leer con utilidad *El Espectáculo de la Naturaleza* por Pluche, y con más gusto y fruto la *Historia natural* del célebre conde de Buffon, llamado por antonomasia el *Plinio de Francia*.

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelleza y todo enseña, así en la física como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupación que no cansa. La doctrina que ministra es dulce y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen más que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo, como ve el Universo con otros ojos, pasa más allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Majestad más soberana; si detiene su consideración en el sol, mira

una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inextinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza; si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, ríos, como el globo que pisa; y que es un espejo que refleja la brillante luz del sol para comunicárnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte y la restante multitud de astros, ya fijos, ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los movimientos y giros que la sabia Omnipotencia les prescribió desde el principio: si su consideración descende á este planeta que habitamos, admira la economía de su hechura; mira el agua pendiente sobre la tierra, contenida sólo con un débil polvillo de arena; los montes elevados; las cascadas estre-pitosas; las risueñas fuentes; los arroyos mansos; los caudalosos ríos; los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las selvas, los valles, los collados, las aves, las fieras, los peces, el hombre, y hasta los despreciables insectillos que se arrastran; y todo, todo le franquea teatro á su curiosidad é investigación. La atmósfera, las nubes, las lluvias, el rocío, el granizo, los fuegos fatuos, las auroras boreales, los truenos, los relámpagos, los rayos y cuantos meteoros tiene la naturaleza, presentan un vastísimo campo á su prolijo y estudioso examen,

y después que admira, contempla, examina, discurre, pondera y acicala su entendimiento sobre un caos tan prodigioso de entes heterogéneos, tan admirables como incomprensibles, reflexiona que el conocimiento ó ignorancia que tiene de estos mismos seres lo llevan como por la mano hasta la peana del trono del Criador. Entonces el filósofo verdadero no puede menos que anonadarse y postrarse ante el solio de la Deidad Suprema, confesar su poder, alabar su providencia, reconocer en silencio lo sublime de su sabiduría y darle infinitas gracias por el diluvio de beneficios que ha derramado sobre sus criaturas, siendo entre las terrestres la más noble, la más excelsa, la más privilegiada y la más ingrata el hombre, «bajo cuyos pies (nos dice la voz de la verdad) que sujetó todo lo criado:» *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*; y lo mismo será llegar el filósofo á estos sublimes y necesarios conocimientos, que comenzar á ser teólogo contemplativo; pues así como todos los rayos de la rueda de un coche descansan sobre la maza que es su centro, así las criaturas reconocen su punto céntrico en el Criador; por manera, que los impíos ateístas que niegan la existencia de un Dios criador y conservador del Universo, proceden contra el testimonio común de las naciones, pues las más bárbaras y salvajes han reconocido este soberano principio; porque los mismos cielos proclaman la gloria de Dios; el fir-

mamento anuncia sus obras maravillosas, y las criaturas todas que se nos manifiestan á la vista, son las conductoras que nos llevan á adorar las maravillas que no vemos. Pero, ya se ve, los ateístas son unos brutos que parecen hombres, ó unos hombres que voluntariamente quieren ser menos que los brutos. Ello es evidente...

En esto, viendo que nos tardábamos, salieron á llamarnos otra vez las niñas y señores de la hacienda, para que fuéramos á ver las travesuras de los payos y caporales, y tuvimos que suspender, ó por mejor decir, cortar enteramente una conversación tan dulce para mí, porque en la realidad me entretenía más que todos los herraderos.

Admiráronse de vernos tan unidos al padre y á mí, creyendo que yo conservara algún resentimiento por el sonrojillo que me había hecho pasar sobre mesa, y aun entre chanzas nos descubrieron su pensamiento; pero yo, en medio de mis desbaratos, he debido á Dios dos prendas que no merezco. La una, un entendimiento dócil á la razón, y la otra, un corazón noble y sensible, que no me ha dejado prostituir fácilmente á mis pasiones. Lo digo así porque cuando he cometido algunos excesos, me ha costado dificultad sujetar el espíritu á la carne. Esto es, he cometido el mal conociéndolo y atropellando los gritos de mi conciencia y con plena

advertencia de la justicia, lo que acaece á todo hombre cuando se desliza al crimen. Por estas buenas cualidades que digo he visto brillar en mi alma, jamás he sido rencoroso ni aun con mis enemigos; mucho menos con quien he conocido que me ha aconsejado bien tal vez con alguna aspereza, lo que no es común, porque nuestro amor propio se resiente de ordinario de la más cariñosa corrección, siempre que tiene visos de regaño; y por eso los de la hacienda se admiraban de la amistosa armonía que observaban entre mí y el padre.

Fuímonos por fin al circo de la diversión, que era un gran corral, en el que estaban formados unos cómodos tablados. Sentámonos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros y ganado caballar y mular que había. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban á los animales con el fuego como cuando se toreaban los becerrillos ó se jineaban los potros, y mucho más cuando un torete tiraba á un muchacho de aquellos, ó un muleto desprendía á otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas, por más que el golpeado inspirara la compasión con la aflicción que se pintaba en su semblante.

Diebre 13/912 Yo, como hasta entonces no había presenciado se-

mejante escena, no podía menos que conmoverme al ver á un pobre que se levantaba renqueando de entre las patas de una mula ó las astas de un novillo. En aquel momento sólo consideraba el dolor que sentiría aquel infeliz, y esta genial compasión no me permitía reír cuando todos reventaban á caquinos. El juicioso vicario, que ¡ojalá hubiera sido mi mentor toda la vida! advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazón me dijo: —¿Usted ha visto toros en México alguna vez?—No, señor, le contesté; ahora es la primera ocasión que veo esta clase de diversiones, que consisten en hacer daño á los pobres animales, y exponerse los hombres á recibir los golpes de la venganza de aquéllos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinación y barbarie.—Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que usted no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera usted si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *Reales*? Todo lo que usted ve en éstas son frutas y pan pintado: lo más que aquí sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas á estos muchachos, y los potros y mulas sus caídas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los jinetes; mas no heridos ó muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí, como se torear toros escogidos por feroces, y están puntales, es muy frecuente ver los intestinos